



R. López Montero, J. A. Pino Cano, E. Torres Torres

El prisma de Senaquerib (Chicago OIM A2793). Introducción, texto bilingüe y notas

Studia Biblica Matritensia 1. Universidad San Dámaso, Madrid 2014

188 páginas, tablas de sumerogramas (con transcripción acadia y traducción española), antropónimos y divinidades, 8 mapas, bibliografía.

ISBN: 978-84-15027-54-6

25 €

La temprana edición de los inscripciones asirias apenas halladas entonces, iniciada por H. C. Rawlinson, J. Oppert, E. Hincks o H. W. Fox Talbot a mediados del siglo XIX, seguida en la misma centuria y después por toda una pléyade de brillantes filólogos, fue ya en su tiempo y como lo ha sido hasta hoy, tarea imprescindible para el nacimiento y desarrollo de una Historia de Oriente Próximo y Medio en la Antigüedad, que en la segunda mitad del siglo XX ha alcanzado su madurez y rango parajo con las historias clásicas de Grecia y Roma, en la obra de H. Klengel y M. Live-

rani especialmente, además de otros historiadores. Eso sí, aunque la práctica actual y rigurosa de la Historia sea necesariamente multidisciplinar, alejada de la mera relación de hechos, la publicación de fuentes escritas sigue siendo vital para la moderna ciencia histórica, puesto que se ejerce hoy con el concurso simultáneo de tres fuentes básicas: las escritas, las arqueológicas y las ciencias de la naturaleza. Por eso, la aparición de este libro obliga a expresar un sincero agradecimiento, tanto a sus autores como a la editorial que la ha hecho posible, pues nos facilitan una obra básica.

La persona del rey Senaquerib (E. Frahm.- “Sanherib (*Sîn-ahhē-erība*), König von Assyrien (705-681)”, *RLA* 12, 2009: 12-22) ha sido siempre objeto de la más viva atención. Al principio –y especialmente en el mundo anglosajón, tan pendiente del Antiguo Testamento e Israel-, por su presencia en los textos bíblicos. Pero pronto también, por la verdadera reconstrucción histórica de Asiria y la de un personaje tan lleno de interés, que aún hoy despierta interrogantes en las más diversas áreas de investigación, algunas muy propias de nuestro tiempo (J. Reade.- “Was Sennacherib a Feminist?”, en J.-M. Durand, dir.- *La femme dans le Proche-Orient ancien*. París 1987: 139-145). Esposo de la siempre inquietante reina *Naqū’a / Zaquṭu* (S. C. Melville.- *The Role of Naqia/Zaquṭu in Sargonid Politics*. Helsinki 1999), cualquier estudio o edición de textos relacionados con Senaquerib ha de ser bienvenido e incluso despertar expectación. Y este libro merece ambos por sus muy meritorias facetas.

Tres distinguidos colegas se han unido en la edición española del prisma de Senaquerib, conservado en el Instituto Oriental de Chicago (OIM A2793) que, como recuerdan los autores, lo adquirió a través de J. H. Breasted “*en el invierno de 1919 a una tienda de antigüedades de Bagdad*” (p. 43). Operación audaz pero un punto inmoral -conveniente me parece recordarlo-, dado que se aprovechaba de la disolución del Imperio Otomano y la vigencia de sus

leyes, que habían protegido las antigüedades asirias y mesopotámicas impidiendo o haciendo muy difícil su comercio, gracias a las normativas dictadas por Hamdi Bey (N. Chevalier.- *La recherche archéologique française au Moyen Orient 1842-1947*. Paris 2002: 31-41), el padre de la arqueología y los museos de Turquía. Pero, el caso, en fin, es que el famoso prisma se encuentra hoy en Chicago, y su edición acadia publicada por R. Borger (*Babylonisch-assyrische Lesestücke*. Roma 1979: 66-88), ha sido base de trabajo de los autores de esta versión.

Con una obligada relación preliminar de siglas y abreviaturas, la obra se inicia con una introducción de treinta páginas (pp. 15-44), en la que se considera el reinado del monarca en su ámbito imperial, las fuentes y la cronología, el contexto histórico de las campañas de Senaquerib en Babilonia, Levante y las regiones fronterizas y, tras un repaso a las distintas fuentes sobre las empresas militares del soberano, se cierra con la también preceptiva explicación de los criterios que los autores han seguido en la edición del prisma. Pues bien, creo que la extensión, el tono y las referencias facilitadas en su introducción son ajustados a las intenciones manifestadas, así como de extensión razonable. Diría incluso que ni falta ni sobra nada. Y respecto al último epígrafe, no debo sino alabar cuanto adelantan y la norma que les ha guiado: huir de toda “*exégesis erudita*” (p. 43), en beneficio de una ajustada y útil. Naturalmente, ello es así, pero el aparato de notas es tan extenso y minucioso, que por fuerza satisfará a la erudición más exigente. Ahora bien, consideración especial merece el criterio de la edición en español que nos ocupa. Vaya por delante que esta versión es la primera traducción del prisma a la lengua española, de lo que no cabe sino congratularse. Y debemos alegrarnos no tanto porque ponga al alcance de muchos más este documento histórico –al fin y al cabo, los estudiosos de Oriente suelen moverse con soltura en francés, alemán, italiano e inglés en cuanto a lenguas modernas y de inves-

tigación-, por cuanto la edición testimonia el alto nivel alcanzado por la ciencia española en Oriente y sus especialistas. Pues no sólo las ediciones, trabajos y excavaciones de las más diversas universidades como la Autónoma de Barcelona, la Central de la misma ciudad, la de La Coruña, la de Castilla-la Mancha, la de Murcia, la Autónoma de Madrid, o prestigiosos centros como el CSIC, ponen de relieve la vitalidad actual de España en Oriente, sino también porque a través de libros y artículos diversos (J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Díe.- *La aventura española en Oriente*. Madrid 2006: J. Vidal.- *Diccionario biográfico del Orientalismo Antiguo en España*. Ferrol 2013) se está recuperando lo que ha sido una tradición heroica, raíz al fin de un presente esperanzador. Y esta edición y versión española es el mejor ejemplo de todo ello: de los esforzados orígenes y del alto nivel del presente.

No obstante, una afirmación taxativa; “*la literalidad ha sido el criterio principal de traducción, sobre todo para que la obra sirva de fuente de posteriores estudios*” (p. 44), resulta en lo que estimo una de las virtudes más significadas y originales de esta edición del prisma de Senaquerib. Y es que no pocas veces, los editores de textos, pensando sólo en el restringido público propio del ámbito de la Filología Semítica, consideran que hay que traducir con cierta libertad, lo que suele producir versiones algo libres, en las que no se respetan la estructura de las líneas y las frases –por más que ello sea imposible a veces-, y se tiende a “actualizar” el fondo y la forma del texto sin motivo suficiente. La traducción literal tiene, en mi opinión, virtudes de todo tipo: es ajustada al espíritu y tono del documento y su época, conserva la calidad y precisión que el filólogo demanda y, además, resulta más que útil para los jóvenes que se inician en el estudio de las ciencias relacionadas con Oriente antiguo, pero que aún no dominan el neo-asirio o el acadio básico. Por eso la norma de traducción seguida por los autores –“*no hemos renunciado a mantener el sabor original de ciertos giros, espe-*

cialmente sintácticos” (p. 44)- me parece óptima, lo mismo que el cuidado puesto para que como añaden a continuación, no se encuentre “*el lector con un texto incomprendible en español*” (p. 44). Considero esta elección más que correcta en todos los aspectos, tanto en lo filológico como en lo histórico, y además tiene en cuenta que su libro pueda ser también un instrumento docente. Tal vez, la profunda formación histórica de los editores les haya empujado a seguir este criterio, que considero muy acertado. Un historiador se atiene a la precisión de las fuentes, a la naturaleza de los datos materiales, a la moderación en la interpretación. He leído cuidadas, magníficas ediciones de textos desde el punto de vista filológico, en las que se duda de la aplicación práctica y real de los mismos –pienso en disposiciones normativas, por ejemplo- en la vida cotidiana del Oriente antiguo. Algo así como si a tal o tales editores, más filólogos que historiadores, les pareciera imposible aceptar que un cierto nivel pudiera haberse alcanzado entonces. En el fondo, todo ello obedece a la pérdida de una perspectiva cronológica, siempre presente en el hacer de un historiador. Pero esta edición, desde luego, aúna las virtudes de la Historia y la Filología, alcanzando un excelente resultado.

Eso aparte, el mismo rigor y practicidad se observa en las tablas ofrecidas (pp. 135-155) al final, en los ocho mapas que permiten seguir las campañas (pp. 179-186) y en la cuidada bibliografía. Echo en falta aquí algunas obras que me atrevería a considerar útiles para el estudio (P. Machinist.- “The Assyrians and their Babylonian Problem: Some Reflections”, *WBJ* 1984-85: 353-364. M. Liverani, ed.- *Neo-Assyrian Geography*. Roma 1995. F. M. Fales.- *L'impero assirio*. Roma-Bari 200, por ejemplo), obras que los autores sin duda manejan, aunque acaso las hayan considerado no pertinentes para esta edición, probablemente por el deseo alegado de no recargar excesivamente el aparato crítico y bibliográfico, al haber querido huir de una “*exégesis erudita*” (p. 43). Si es así, como

parece lógico, nada tengo que objetar. No obstante, me parecía obligado introducir alguna observación correctiva.

En fin, me cumple igualmente hacer mención de los aspectos puramente materiales del libro. Creo que no es cuestión menor la elegante solidez de la edición y la clásica composición de su cubierta, en tonos suaves y pasta dura. Tampoco, que los cuadernillos estén bien cosidos al lomo, con sus tradicionales pasacintas, e impresos en un papel de calidad y tono ahuesado, muy adecuado para leer con cualquier luz. O que los tipos de impresión sean tan claros, nítidos, haciendo así aún más confortable la lectura y el estudio. Pienso que las Ediciones de la Universidad San Dámaso de Madrid demuestran un auténtico amor por la mejor tradición impresora. En la época que nos toca sufrir, pendiente sólo del menor coste y del máximo beneficio, en la que libros como éste ven casi imposible su salida a la luz, conforta encontrarse con editoriales universitarias capaces de mantener un nivel de calidad semejante, decididas a difundir estudios de tan alto rango científico. En resumen y para terminar, autores y editorial han puesto en nuestras manos un libro que me permito recomendar fervorosamente, adecuado tanto para los filólogos, historiadores y arqueólogos de la Antigüedad en Oriente más exigentes, como a los estudiantes universitarios avanzados en iguales especialidades, e incluso para cualquier persona interesada en un buen conocimiento del pasado.

Joaquín M^a Córdoba